

BIBLIOTECA SELECTA

PARA  
LOS NIÑOS

ANDERSEN

—  
LA

REINA DE LAS NIEVES



GARNIER HERMANOS  
EDITORES

EL  
69



00002152



LA

**REINA DE LAS NIEVES**

2007

THE UNIVERSITY OF CHICAGO





Los niños se sentaban en un banco, entre los rosales... (Pág. 12.)

8571  
2

BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS

---

LA

# REINA DE LAS NIEVES

DIVIDIDA

EN SIETE HISTORIAS

POR

ANDERSEN

---

TRADUCCION CASTELLANA DE GARCIA-RAMON

Ilustraciones de YAN D'ARGENT

5691

---

CUARTA EDICION

---

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

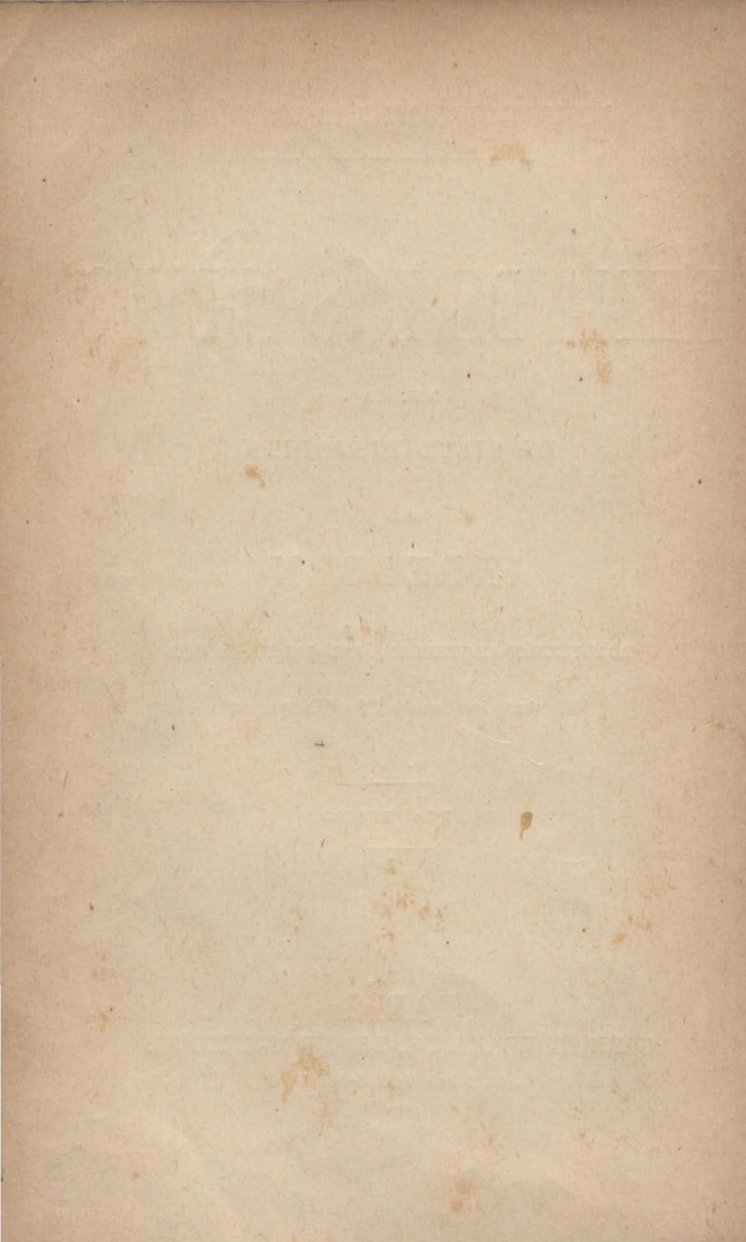
PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

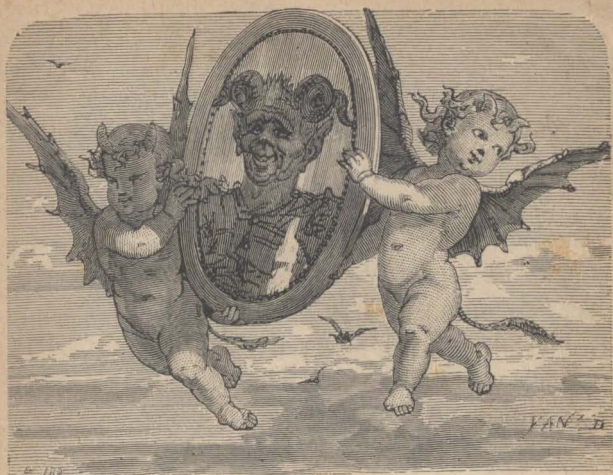
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1900

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS







# LA REINA DE LAS NIEVES

EN SIETE HISTORIAS

---

## PRIMERA HISTORIA

EN QUE SE HABLA DEL ESPEJO Y DE LOS PEDAZOS DE ÉL.

¡ Atención ! Comenzamos, y cuando hayamos llegado al fin de nuestro cuento, sabremos mucho más que ahora, pues figura entre nuestros personajes un zorzal de cuenta, el más malo de todos : el diablo.

Un día, estaba de muy buen humor, pues acababa de confeccionar un espejo dotado de una propiedad maravillosa: lo hermoso, lo bueno que en él se reflejaban desaparecían casi por completo, y al contrario, todo lo que era malo ó desagradable resaltaba y adquiría proporciones excesivas. Los más bellos paisajes tomaban el aspecto de un plato de espinacas cocidas. Los hombres más buenos y honrados parecían monstruos; los más hermosos se veían contrahechos; se reflejaban cabeza abajo y casi sin cuerpo, tan delgados parecían; las caras estaban desconocidas y hacían muecas horribles; una peca se agrandaba hasta cubrir las narices y las mejillas.

« ¡ Qué cosa tan divertida ! » decía el diablo contemplando su obra. Cuando una idea buena cruzaba el ánimo de un hombre, el espejo temblaba. El diablo, encantado, se reía cada vez más de su curiosa invención. Los diablillos que iban á su escuela, pues era profesor de diabluras, fueron á decir por doquiera que se había realizado al fin un progreso incalculable; sólo desde aquel día podía tenerse una idea exacta del mundo y de sus habitantes. Recorrieron todo el universo con el famoso espejo y en breve no hubo un país, ni un hombre, que no se reflejase en él con formas caricaturales.

Luego, cobrando osadía, se pusieron á subir hácia los cielos para burlarse de los ángeles y de Dios.

Cuanto más subian y se acercaban á la mansion celeste, más temblaba y se retorcia el espejo, á causa de los objetos divinos que en él se reflejaban ; apénas podian tenerlo sujeto, tales brincos daba. Siguieron volando más arriba, cada vez más cerca del trono del Excelso. De pronto, la conmocion del espejo fué tal que se escapó de manos de los impudentes diablillos, y cayó al suelo quebrándose en miles de millones de billones de pedazos.

Pero, causó entónces muchos más daños que ántes. Los pedazos no eran más gruesos que granos de arena, el viento los esparció por el vasto universo y muchas personas recibieron algunos de estos funestos granos en los ojos. Una vez allí, las partículas cristalinas no salian, y las personas lo veian todo en mal, todo en feo, todo al revés. No notaban más que los vicios de cada criatura, los defectos de cada cosa, pues cada uno de los imperceptibles fragmentos poseia la misma propiedad que el espejo entero. Más aun : algunos de estos granos cayeron hasta el corazon de ciertas personas y ¡ cosa espantosa ! el corazon de aquellas personas se ponía tan frio é insensible como una piedra berroqueña.

Ademas de las innumerables partículas, quedaron del espejo algunos pedazos mayores ; los habia como los cristales de una ventana, y no era prudente considerar á sus amigos al traves de ellos. Muchos sir-

vieron para cristales de espejuelos y gafas: los malvados se los ponian para parecer ver claro y discernir con exacta justicia. Cuando tenian estas gafas montadas en las narices, se reian como el diablo cuando consideraba su espejo ; las fealdades físicas y morales que veian por doquiera halagaban su espíritu perverso. Era un espejo gigantesco y el viento continuó esparciendo los pedazos por todo el mundo.

Ahora, ¡ escuchad con detenimiento !



## SEGUNDA HISTORIA

UN NIÑO Y UNA NIÑA. *X*

Hay en la gran ciudad tantas casas, tantas familias, tanta gente, que no todos pueden tener un jardín, y la mayor parte tienen que contentarse con algunas macetas de flores. Dos niños de pobre familia, habían hallado medio de tener algo mejor que una maceta, casi un jardín. Sus padres habitaban en un callejón angosto, dos buhardillas colocadas en frente una de otra. Los tejados se tocaban, ó poco ménos, y era posible pasar de una canal á la opuesta y visitarse sin el menor peligro.

Los niños tenían, cada cual en su ventana, una gran caja de madera llena de tierra, plantada con plantas aromáticas para los guisos y además con un rosal. Los padres tuvieron la idea de colocar las cajas cruzándose de ventana á ventana, lo que produjo un considerable embellecimiento; los guisantes enlazando sus tallos y los rosales uniendo sus flores, formaban un magnífico arco triunfal. Los niños se sen-

taban en un banco, entre los rosales. ; Qué placer el suyo cuando les permitian irse á divertirse juntos en



aquel jardín colgante! No eran hermanos, pero se querían como si lo fuesen.

En el invierno, sus placeres se interrumpian; las ventanas estaban nevadas á menudo y cubiertos los cristales de una espesa capa de hielo. Los niños hacian calentar entónces un chelin de cobre al fuego, lo aplicaban sobre el cristal, y esto formaba un pequeño redondel detras del que se veia, en cada lado, un ojito con la pupila dulce y sonriente: eran el niño y la niña. Él se llamaba Kay; ella se llamaba Gerda.

En verano podian pues pasar de una á otra casa, dando un salto; en invierno debian bajar numerosos escalones y subir otros tantos.

Corria entónces el invierno. Por fuera, la nieve caia en apretados copos.

« Son las abejas blancas, » dijo la abuela.

— ¿ Tienen tambien esas una reina? preguntó el niño que sabía que las abejas poseen una.

— Sin duda alguna. Mírala revolotear allí, donde más apiñados están los copos. Es la mayor de todas; nunca se está quieta, pues es un bullebulle de primer orden. Tan pronto está en el suelo, tan pronto desaparece en los negros nubarrones. En las noches de invierno ella es la que pasa por las calles y mira por los cristales que se hielan y forman caprichosas arborizaciones.

— Sí, sí, ya lo hemos visto, dijeron á una los dos niños, quedando persuadidos de la veracidad de lo que decia la abuelita.

« ¿ Puede entrar aquí la Reina de las Nieves ? preguntó la niña.

— ¡ Qué venga ! dijo Kay ; la pondré al fuego y se derretirá. »

Pero, la abuela se puso á alisarle los cabellos y contó otras historias.

En la noche de aquel día, Kay estaba en su cuarto, medio desnudo para irse á acostar ; puso una silla al lado de la ventana y se subió encima para mirar por el redondel que habia hecho con el chelin caliente. Caian lentamente algunos copos de nieve. El mayor se posó en el borde de una de las cajas de flores ; creció, creció y acabó por formar una jóven mas alta que Gerda, vestida con gasa blanca y tul bordado con estrellas de hielo. Era hermosa y graciosa, pero toda de nieve. Vivía, empero ; sus ojos relucian como las estrellas en un cielo de invierno, y se movian continuamente. La figura se volvió hácia la ventana é hizo una señal con la mano. El niño tuvo miedo, saltó de la silla al suelo, y entónces se oyó un fuerte ruido en el exterior, como si un ave gigantesca rozase el cristal con sus alas.

Al día siguiente heló de lo lindo. Luego, llegó la primavera ; salió el sol, verdearon las plantas, construyeron sus nidos las golondrinas, se abrieron las ventanas, y los dos niños se hallaron sentados



juntos, en su jardin colgante, debajo del alero del tejado.

¡ Qué hermosas fueron las rosas aquel año ! La niña habia aprendido de memoria una cancion en la que se hablaba de las rosas, y cuando la cantaba, pensaba en las de su jardin. Se la enseñó al niño y los dos unieron sus vocecitas para decir :

Duran las rosas un mes,  
Duran un mes, duran dos  
Pero se agostan despues,  
Y nace el niño de Dios,  
Cuando Nochebuena es.

Los dos niños besaban las flores como despidiéndose de ellas. Miraban la claridad del sol y casi deseaban que apresurase su carrera para volver á ver más pronto al niño Dios. Sin embargo, los dias eran hermosos para ellos que los pasaban jugando á la sombra de los rosales.

Un dia, Kay y Gerda estaban mirando, en un libro de láminas, los animales feroces, los pájaros, las mariposas. El reloj de la iglesia dió en aquel instante cinco campanadas. Héte que Kay exclama : « ¡ Ay ! me ha entrado algo en un ojo. ¡ Ay, ay ! algo me ha picado en el corazon. »

La niña le tomó la cara entre las manos y le miró los ojos que pestañeaban ; no, no vió absolutamente nada.

« Creo que se ha ido, » dijo Kay. Pero, no se había ido. Era una de las partículas del terrible espejo de que hemos hablado, bien os acordáis, que hace parecer pequeño y feo lo que es grande y hermoso, que pone de relieve el lado feo y malo de las cosas y de los seres con daño de sus cualidades. El desgraciado Kay ha recibido en los ojos una de las innumerables partículas ; el átomo funesto ha penetrado hasta su corazón que va á endurecerse y ponerse como un témpano. Kay no sentía ya dolor alguno, pero tenía dentro de sí aquel producto del infierno.

« ¿ Por qué lloras ? preguntó á la niña que había conmovido su doloroso ; ay ! ; enjuga esas lágrimas que te vuelven feísima. Nada me duele. ; Eh ! exclamó mirando á su alrededor, esta rosa está picada por un gusano, esta otra es mal hecha ; todas son ordinarias y sin gracia, como la horrible caja en que brotan. » Dió un puntapié á la caja y tronchó las dos flores que le desagradaban.

« ¡ Kay ! ¿ Qué haces ? » exclamó la niña como si cometiese un sacrilegio.

Viéndola asustada así, Kay arrancó otra rosa y se lanzó dentro de su buhardilla sin decir á Dios á su seductora compañera. ; Qué se le ha de hacer ! Era el efecto del grano de cristal mágico.

Al otro día miraron de nuevo el libro de láminas.

Kay no vió en él más que espantosos mamarrachos, animales ridículos, monstruos grotescos. Cuando la abuela contaba algo, no hacía más que poner *peros* á todo, ó bien se ponía detras de la vieja, se calaba sus espejuelos y la hacía muecas. No temia imitar á su abuela, remedando ridiculamente su habla, sus modales, y hacía reir á todo el mundo á costa de la venerable anciana. El gusto de imitar á todos reproduciendo cómicamente sus ridiculeces se habia desarrollado en él de pronto. Se reian mucho viéndole y decian : « Este niño no es tonto, tiene gracia. » Llegó hasta fastidiar á Gerda que le era muy adicta. Y todo provenia del fatal grano de cristal que le habia entrado en el corazon.

Desde entónces no jugó á los mismos juegos que ántes ; jugó á juegos razonables, á juegos de cálculo. Un dia que nevaba (pues habia vuelto el invierno), tomó un cristal de aumento que le habian regalado, y dejó caer algunos copos de nieve en la manga de su chaqueta azul. « Ven á mirar por el cristal, Gerda, » dijo Kay. Los copos vistos al traves del cristal parecian mucho mayores, formando hexágonos, octógonos y otras figuras geométricas. « Mira, replicó Kay, con qué arte y regularidad está esto dispuesto. ¿ No es mucho más interesante que las flores ? Aquí, no hay un lado de la estrella que pase el otro, todo es simétrico ; es enfadoso que se

derrita tan pronto. Si no fuese así, no habría nada más hermoso que un copo de nieve. »

Al día siguiente llegó con guantes de pieles y un trineo á la espalda. Gritó á los oídos de Gerda, como muy contento de dejarla sola : « Me han permitido ir á la plaza mayor donde juegan los otros niños. » Y esto diciendo, desapareció.

En la plaza mayor, los niños atrevidos ataban sus trineos á las carretas de los aldeanos y se hacían conducir así un trozo de camino. Era un modo excelente de viajar. Kay y los otros estaban divirtiéndose cuando llegó un gran trineo pintado de blanco. En él iba sentado un personaje cubierto con un espeso gaban de pieles blancas y un gorro. El trineo dió dos vueltas á la plaza y Kay atando á este el suyo se hizo arrastrar.

El gran trineo fué más de prisa, más de prisa cada vez, salió de la plaza y siguió la calle principal. El personaje que lo conducía se volvió é hizo á Kay una señal amistosa con la cabeza, como si se conociesen. Cada vez que Kay quería desatar su trineo, el personaje le miraba, dirigiéndole una señal de cabeza y Kay, subyugado, permanecía tranquilo.

Hélos que salen de las puertas de la ciudad. La nieve comenzaba á caer en abundancia. El pobre niño no veía á dos pasos delante de él, y seguían corriendo con más rapidez.

El miedo le embargó. Desató al fin la cuerda, pero su trineo permaneció unido al grande que resbalaba como el viento. Kay se puso á pedir socorro, pero nadie le oyó. La nieve arreciaba y el trineo llevaba una carrera vertiginosa ; á veces daba brinco como si pasase por la cima de un cercado, pero no habia tiempo de verlo. El espanto se habia apoderado de Kay. Quiso rezar el *Padre nuestro*, pero lo habia olvidado y en vez del *Padre nuestro* recitaba la tabla de multiplicacion. Los copos aumentaban cada vez más en número y tamaño ; al fin, se habrian tomado por gallinas blancas con las plumas erizadas. De pronto, el trineo dió una vuelta y se detuvo. La persona que lo conducia se levantó : sus pieles estaban cubiertas de una blancura inmaculada. Esta persona era una gran dama : era la Reina de las Nieves.

« Hemos andado bien, dijo. Sin embargo, veo que te vas á helar, amigo Kay. Ven á calentarte debajo de mi piel de oso. »

Le cogió y le colocó debajo de su gaban. Habia hablado de pieles de oso, pero Kay creyó hundirse en una masa de nieve.

« ¿ Tienes frio todavía ? » dijo. Y le besó en la frente. Un beso más frio que el hielo y que le bajó hasta el corazon, medio helado ya. Se sintió á punto de espirar. Pero, esta sensacion duró un segundo ;

luego se sintió reanimado y no experimentó el más ligero escalofrío.

« ¡ Mi trineo ! exclamó ; ¡ no olvides mi trineo ! »

En esto habia pensado al volver en sí. Una de las gallinas blancas que revoloteaban por el aire fué enganchada al trineo del niño, que siguió al grande, lanzado de nuevo por los campos.

La Reina de las Nieves besó de nuevo á Kay. Entonces no conservó el más mínimo recuerdo ni de Gerda, ni de su abuela, ni de ninguno de su familia.

« Ahora, dijo la Reina, no te volveré á besar, pues otro beso sería tu muerte. »

Kay la miró. ¡ Qué hermosa era ! Imposible sería imaginar un rostro más seductor. No la encontró formada de nieve como la vez primera que la habia visto en su ventana. No le inspiraba temor alguno. La contó que conocia el cálculo, las fracciones, y que sabia á ciencia cierta el número de habitantes del mundo y las leguas cuadradas del país.

Como la Reina se sonreia escuchándole, Kay se dijo que tal vez no eran suficientes los conocimientos que tanto le enorgullecian.

Miró por el vasto espacio de los aires y se vió subir con ella hácia los negros nubarrones. La tempestad sibaba ; era una melodía salvaje como la de los antiguos cantos guerreros. Pasaron por encima de los lagos, de los bosques, del mar y los conti-

mentes. Oyeron bajo sí aullar á los lobos, soplar el huracan, rodar los aludes. Por encima, volaban las cornejas con discordantes gritos. Pero más allá,



fulguraba la luna con su suave claridad. Kay admiraba las bellezas de la larga noche de invierno. Cuando llegó el día, se durmió á los piés de la Reina de las Nieves.

## TERCERA HISTORIA

EL JARDIN DE LA MUJER QUE SABÍA HACER ENCANTAMIENTOS.

¿Qué fué de Gerda cuando no vió volver á su compañero Kay?... ¿En dónde podia haberse quedado? Nadie sabía una palabra; nadie habia visto por dónde habia pasado. Solo un niño pudo contar que le habia visto atar su trineo á otro mayor que habia salido de la ciudad. Luego nadie lo habia vuelto á ver. Muchas lágrimas derramaron por él, y Gerda lloró más que todos.

« Ha muerto, se decia; se habrá ahogado en el rio que pasa cerca de la escuela. »

Y comenzaba á gimotear. ¡Qué largos se la hicieron los sombríos dias del invierno!

En fin, volvió la primavera con el sol y la alegría, pero Gerda no se consolaba.

« Kay ha muerto, repetia; se ha marchado para siempre.

— No lo creo, respondió el rayo de sol.

— Ha muerto, no le volveré á ver, dijo á las golondrinas.



-- No lo creemos, » replicaron estas.

Al fin, la misma Gerda no lo creyó.

« Voy á ponerme mis zapatitos encarnados nuevos, se dijo una mañana, los que Kay no ha visto nunca, é iré á visitar el rio y preguntarle si sabe lo que ha sido de él. »

Era muy temprano. Dió un beso á la abuela, que dormia aun, y se puso sus zapatos encarnados. Luego, se fué sola, pasó las puertas de la ciudad y llegó á orillas del rio.

« ¿Es verdad, le dijo, que me has robado á mi amigo Kay? Te daré mis lindos zapatitos de tafilete encarnado si quieres devolvérmele. »

Le pareció que las ondas le contestaban con un balanceo singular. Se quitó sus zapatos que queria muchísimo y los tiró al agua. Pero, como la pequeña Gerda no tenia gran fuerza, cayeron cerca de la orilla y las ondas los volvieron á tierra. Habria podido ver por esto que el rio no queria guardar aquel precioso presente porque no podia darle á Kay en cambio. Pero Gerda creyó que no habia tirado los zapatos bastante léjos de la orilla; se le ocurrió subir en una barca que estaba allí cerca, entre unos juncos. Fué á la punta de la barca y desde allí volvió á tirar sus zapatos al agua.

La barca no estaba atada á la orilla. Con el movimiento que le imprimió Gerda se alejó rio adentro.

La niña lo notó, pero cuando llegó al otro extremo



de la barca para saltar á tierra, habia ya una distancia de tres piés.

La lancha se puso á bajar el rio, y Gerda, embar-

gada por el miedo, comenzó á llorar. Nadie la oyó, excepto los gorriones, que no podían llevarla á tierra, y sólo dijeron para consolarla : « Estamos aquí, estamos aquí. »



La barca seguía siempre la corriente. Gerda no lloraba ya y se estaba quieta. No tenía en los pies más que sus medias. Los zapatitos encarnados flotaban también río abajo, pero no podían alcanzar la barca que se deslizaba con más velocidad que ellos.

En las dos orillas crecían seculares árboles, her-

mosas flores, musgo espeso en el que pastaban borregos blancos; era un espectáculo delicioso. Pero no se divisaba un sér humano. « Tal vez, pensó Gerda, el rio me lleva al lado de Kay. » Esta idea disipó su temor. Se puso de pié y contempló por largo tiempo el hermoso paisaje.

Llegó al fin delante de un gran huerto plantado de cerezos. Habia allí una casita singular cuyas ventanas tenian cristales encarnados, azules y amarillos. En el dintel habia dos soldados de madera que presentaban las armas á los que pasaban.

Gerda los llamó en su auxilio pues los creia vivos. Como era natural, no se movieron. Empero, la barca se acercaba á la orilla y Gerda gritaba más fuerte. Entonces salió de la casita una mujer muy vieja, viejísima, que se apoyaba en una muleta, y llevaba en la cabeza un sombrero de paja guarnecido con vistosas flores.

« ¡ Pobre niña! dijo; ¿ cómo has llegado así por el gran rio?... ¿ Cómo has sido arrastrada tan léjos á traves del mundo? »

Y la buena vieja entró en el agua; alcanzó la barca con su muleta, la sacó cerca de la orilla y tomó en brazos á Gerda. La niña, una vez en tierra, se regocijó, por más que tuviese algun miedo de aquella singular anciana.

« Cuéntame, le dijo esta, quién eres y de dónde vienes. »

Gerda le refirió todo lo que le habia sucedido. La vieja meneaba la cabeza y decia : « ¡ Sty! ¡ sty! » Cuando la niña hubo acabado de hablar preguntó á la anciana si no habia visto á Kay. La anciana respondió que no habia pasado aun delante de su casa, pero que sin duda no tardaria en pasar. Aconsejó á Gerda que no se desconsolase y probase sus cerezas y admirase sus flores.

« Son más hermosas, añadió, que las que hay en los libros de láminas y ademas he enseñado á cada una á contar una historia. »

Tomó á la niña de una mano y la llevó á la casita cerrando la puerta en pos de sí. Las ventanas eran muy elevadas y sus cristales, como hemos dicho, encarnados, azules y amarillos. La luz del dia pasando por estos cristales daba á los objetos tonos singulares. Encima de la mesa habia un plato de magníficas cerezas y Gerda comió las que quiso, puesto que se lo habian permitido.

Miéntas comia, la anciana la peinó los cabellos con un peine de oro y formó lindos tirabuzones que rodearon como una auréola el rostro de la niña, fresca carita parecida á un capullo de rosa.

« Hace mucho tiempo que he deseado tener á mi lado, dijo, una niña como tú. Verás que bien vivimos juntas. »

Miéntas peinaba la cabellera de Gerda, esta olvi-

daba cada vez más á su amigo Kay. Y es que la anciana era una maga, pero no una maga malévola; no hacía sortilegios más que para distraerse un poco. Amaba á Gerda y deseaba conservarla á su lado. X

Así es que fué al jardín y tocó con su muleta todos los rosales, y todos, hasta los más lozanos desaparecieron debajo de tierra. La vieja temia que si Gerda veía los rosales, pensase en los de la buhardilla y recordase entónces á Kay, su amigo, y se escapase en su busca.

Despues de haber tomado esta precaucion, llevó á la niña al jardín. Era un jardín soberbio que esparcía deleitosos perfumes. Las flores de todas las estaciones brillaban con el mayor fulgor. Era verdad, en ningun libro de láminas se veían otras como aquellas. Gerda saltaba de alegría y corrió por las sendas hasta que el sol se puso detras de los cerczos. La anciana la llevó entónces á la casita y la acostó en una bonita cama con almohadones de seda grana bordados de violetas. Gerda se durmió y tuvo sueños tan hermosos como los de una reina el dia de su coronacion.

Al otro dia volvió á jugar entre las flores, á los tibios rayos del sol, y así pasaron muchos dias. Gerda conocia ahora todas las flores del jardín; las habia á centenares; pero á veces pensaba que faltaba una clase. ¿Cuál? No lo sabía.

Un dia miró el gran sombrero de la vieja con su

guirnalda de flores; la mas hermosa de todas era una rosa, que la anciana no se habia acordado de quitar. Nunca se piensa en todo.

« ¡ Cómo! se dijo Gerda al momento; ¿ no hay rosas aquí? Busquemos. »

Se puso á recorrer todos los senderos, pero por más que buscó nada halló. Se dejó caer al suelo llorando á lágrima viva. Sus lágrimas cayeron precisamente en el sitio en que se hallaba uno de los rosales que la anciana habia hecho desaparecer, y calentado por aquel purísimo llanto, el arbusto brotó de golpe y porrazo tan hermoso y florido como cuando habia desaparecido.

Á su vista, Gerda no pudo contener su alegría y se puso á besar todas las rosas. Pensó luego en las que habia dejado en la ventana de la buhardilla y entónces se acordó de Kay.

« ¡ Dios mio! murmuró, ¡ cuánto tiempo me han hecho perder aquí! Yo que me habia puesto en camino para buscar á mi compañero Kay. ¿ No sabéis dónde pueda hallarse? preguntó á las rosas. ¿ Creéis que haya muerto? »

— No, no ha muerto, respondieron. Acabamos de permanecer debajo de tierra, donde están todos los muertos, y él no se encontraba allí.

— ¡ Gracias, mil gracias! » dijo Gerda. Corrió hácia las otras flores, deteniéndose delante de cada

una, tomando su cáliz en las manos y pregun-



tándolas : « ¿ No sabéis lo que ha sido de Kay ? » »



Las flores le respondieron, contando las historias que la vieja les habia enseñado, pero eran sueños. En cuanto á Kay, ninguna le conocia.

¿ Qué decia el lirio encarnado ?

« ¿ Oyes el tambor ? ¡ Bum, bum ! Siempre esos »  
 » dos sonidos, siempre ¡ bum, bum ! ¿ Oyes los cantos »  
 » plañideros de las mujeres, las órdenes que dan los »  
 » sacerdotes ? Vestida con su gran manto de grana, »  
 » la viuda del indiano está encima de la hoguera. »  
 » Comienzan á elevarse las llamas en torno de ella y »  
 » del cuerpo de su marido. La viuda no repara en »  
 » ello ; piensa en aquel cuyos ojos despedian un »  
 » destello más vivo que aquellas llamas ; en aquel que »  
 » fué su esposo, y difunto, van las llamas á reducir á »  
 » ceniza. ¿ Crees que la llama del alma pueda pere- »  
 » cer en las llamas de la hoguera ?

— ¿ Cómo quieres que lo sepa ? replicó la niña.

— He terminado mi historia, » dijo el lirio encarnado.

¿ Qué contó el albolol ?

« En la punta de la montaña se ve un antiguo cas- »  
 » tillo : la hiedra trepa por las murallas y cubre las »  
 » almenas ; en una está de pié una jóven que mira »  
 » hácia el camino. ¡ Qué hermosa flor en aquellas »  
 » ruinas ! No es más fresca la rosa, ni se mece con »  
 » más gracia sobre su tallo ; no es más ligera y aérea »  
 » la flor del manzano. ¿ No viene todavía ?

— ¿Quién?... ¿Hablas de Kay? preguntó Gerda.

— No; no figura en mi cuento, » respondió el al-  
bohol.

¿Qué dijo la campanilla blanca?

« Entre las ramas cuelga un columpio. Dos niñas  
» muy lindas se mecen en él; blancos como la nieve  
» son sus vestidos y llevan largas y flotantes cin-  
» tas verdes en sus sombreros. Su hermano, que  
» tiene más años, hace mecer el columpio y con una  
» cañita y una taza hace bolas de jabon, que corren  
» al capricho del viento con vistosos cambiantes.  
» El perrito negro se pone en dos piés queriendo su-  
» bir tambien al columpio, pero este no se para, y el  
» perrito ladra, lo que hace reir á los niños.

— Es muy bonito lo que cuentas, dijo Gerda;  
pero, ¿por qué tienes un acento tan triste?... ¿No  
sabes nada de Kay?

La campanilla guardó silencio. /

¿Qué cuentan los jacintos?

« Eran tres lindas hermanas, vestidas las tres de  
» gasa, encarnada la una, azul la otra y la tercera  
» blanca. Bailaban en círculo á la luz de la luna,  
» junto á la orilla del lago. No eran genios, eran mu-  
» jeres de carne y hueso. Embalsamado estaba el  
» aire con deliciosos perfumes. Las jóvenes huyeron.  
» ¿Qué les sucedió? Mirad esa barca que se desliza  
» por el lago; lleva tres ataúdes y en ellos van las



ROUVI 22

VAN DARGEN

» tres jóvenes. Han muerto; la campana debía fú-  
» nebremente.

— Sombríos jacintos, interrumpió Gerda, vuestra historia es demasiado lúgubre; acaba de entristecerme. Decidme, ¿ha muerto mi amigo Kay como esas jóvenes? Las rosas dicen que no; ¿qué decís vosotros?

— No doblan las campanas por Kay que no conocemos, respondieron los jacintos. Cantamos nuestra canción pues no sabemos otra.

Gerda interrogó el diente de león que brotaba en la verde yerba.

« Brillas como el sol, le dijo; ¿sabes dónde podría hallar á mi compañero de infancia? »

El diente de león entonó una canción pero no se hablaba en ella de Kay.

« En un patio, dijo, uno de los primeros días de la  
» primavera, el sol vertía sus dulces rayos sobre las  
» blancas paredes, á cuyo pié se veía la primera flor  
» amarilla del año, reluciendo como una moneda de  
» oro. La abuela estaba sentada en un sillón; su nieta  
» acudió corriendo á darle un beso; era una simple  
» criaturita, pero su beso valía más que todos los te-  
» soros del mundo pues había puesto en él todo su  
» corazón. He acabado mi historia y no se nada  
» más.

— ¡Pobre abuela! suspiró Gerda; me busca se,

aflice por mi causa, como yo por culpa de Kay; pero



estaré pronto de vuelta y le llevaré conmigo. Deje-

mos á las flores ; son muy egoístas y no se han ocupado más que de ellas mismas. »

Y arremangándose las enaguas para poder andar más á prisa corrió hasta el fin del jardin. La puerta estaba cerrada, pero empujó con todas sus fuerzas el cerrojo y consiguió descorrerlo. La puerta se abrió y la niña se precipitó descalza por el inmenso universo.

Tres veces se detuvo en su carrera para mirar atras ; no la perseguia nadie. Cuando estuvo muy cansada se sentó en una gran piedra, y mirando á su alrededor notó que habia pasado el verano y que finaba el otoño. En el hermoso jardin no se habia apercibido de la marcha del tiempo ; el sol brillaba siempre con el mismo fulgor y estaban confundidas todas las estaciones. « ¡ Cuánto tiempo he perdido ! se dijo. ¡ Cómo ! ¿ estamos ya á fines del otoño ? Andaré de prisa pues no tengo tiempo que perder. »

Se levantó para continuar su camino, pero sus piernecitas estaban ateridas por el cansancio y ensangrentados sus piés. El tiempo no la animaba tampoco, y el paisaje habia perdido sus atractivos. El cielo estaba oscuro y frio. Los saucos tenian aun hojas, pero amarillas, y se caian una en pos de otra. No habia frutas en los árboles, excepto las endrinas ásperas y amargas ; al morderlas, los dientes se ponian de punta. ¡ Qué triste, que sombrío y melancólico parecia el inmenso universo !

## CUARTA HISTORIA

### PRÍNCIPE Y PRINCESA.

En breve Gerda tuvo que detenerse de nuevo, pues no tenía la fuerza de seguir adelante. Mientras descansaba un poco, una obesa corneja subida en un árbol, la miraba con curiosidad. La corneja agitó la cabeza de derecha á izquierda, gritando : « ¡ Crah, crah ! y ¡ tak, tak ! » Así dicen buenos dias en aquel país, sobre poco más ó ménos, pues la corneja tenía mala pronunciacion, pero en cambio tenía buena voluntad á la niña y la preguntó adónde iba sola por el mundo.

Gerda no comprendió más que la palabra « sola », pero se dió cuenta de la pregunta de la corneja. Le relató sus aventuras y acabó preguntándole si no habia visto á su compañero Kay.

El pájaro meneó la cabeza con gravedad y respondió :

« ¡ Podria ser, podria ser !

— ¡ Cómo! ¿ Crees haberle visto? » preguntó Gerda trasportada de júbilo. Y besó al pájaro que



se habia acercado á ella, y lo abrazó con tanta fuerza que por poco le ahoga.

« Un poco de juicio, un poco de calma, dijo la corneja. Creo, es decir, supongo, podria ser... sí, sí,



es posible que sea Kay; no digo más. Pero, en todo caso te habrá olvidado, pues no piensa más que en su princesa.

— ¡ Una princesa ! exclamó Gerda : ¿ vive en casa de una princesa ?

— Sí, hé aquí la historia : pero me es penoso hablar tu lengua, ¿ no hablas tú la de las cornejas ?

— No, no la he aprendido, dijo Gerda. La abuelita la sabía, pero no me la ha enseñado.

— No importa, replicó la corneja ; trataré de hablar con la mayor correccion posible ; pero dispénsame si, como lo temo, peco contra la gramática. »

Y se puso á contar lo que sigue :

« En el reino en que nos encontramos gobierna una princesa que tiene tanto ingenio como un ángel, y es que ha leído cuantas gacetas se imprimen en el universo, y luego ha tenido la cordura de olvidar cuanto ha leído. Últimamente estaba sentada en un trono, y, dicho sea entre paréntesis, parece que estar sentado en un trono no es cosa tan agradable como generalmente se cree, y no es suficiente para la felicidad. Para distraerse se puso á cantar una cancion que tiene este verso por estribillo :

« ¿ Por qué no me casaria ? »

« Es verdad, se dijo la princesa ; ¿ por qué no me

casaria? » Pero necesitaba un marido que supiese hablar, discutir, razonar; no queria uno de esos individuos graves y presuntuosos, fastidiosos y solemnes. Convocó sus damas de honor á son de tambor y las comunicó la idea que habia tenido. « Es encantador, le respondieron, es lo que nos preguntamos todos los dias: ¿ Por qué no se casa la princesa? »

« Puedes estar segura, dijo la corneja, que todo lo que te cuento es la pura verdad. Sé el asunto del pico de mi prometido que se pasea á su sabor por todo el palacio.»

Este prometido era naturalmente una corneja doméstica, pues las cornejas no se casan más que con las cornejas. Sigamos el cuento:

« Así pues, continuó la corneja, los diarios del país que, en aquella ocasion, llevaban una orla de corazones inflamados mezclados con las iniciales de la princesa, anunciaron que todos los donceles de lindo talle y agraciado rostro podrian presentarse en palacio para conversar con la princesa, y el que mejor hablase y más natural ingenio manifestase sería el esposo de la princesa.

» Sí, sí, puedes creerme, así pasaron las cosas; no invento nada, tan cierto como que estamos aquí las dos una al lado de la otra.

» Acudieron los jóvenes á centenares, pero se iban tan luego habian llegado. En la calle hablaban todos

como cotorras, pero cuando entraban por la puerta principal entre la doble fila de guardias galoneados, perdian su aplómo; y cuando los lacayos los llevaban por la escalera monumental, á traves los vastos salones alumbrados con numerosas arañas, se confundian sus ideas; llegados ante el trono, en que majestuosamente estaba sentada la princesa, no sabian decir ni esta boca es mia, repetian confundidos la última palabra de lo que la princesa les decia, balbuceaban. No era esto lo que la princesa buscaba.

» Habriase dicho que los desgraciados jóvenes estaban hechizados y que un sortilegio les paraba la lengua, pues tan luego volvian á verse en la calle, recobraban el uso de la palabra y charlaban por los codos.

» Así sucedió el primero y el segundo dia. Cuantos más despedian, más llegaban; parecia que brotaban del suelo, tan numerosa era la afluencia. La fila llegaba desde las puertas de la ciudad hasta las puertas del palacio. Lo he visto yo, repitió la corneja, lo he visto con mis propios ojos.

» Los que esperaban su turno en la calle tuvieron tiempo de contraer hambre y sed. Los más astutos se habian traído provisiones, que por nada compartian con sus vecinos: « ¡ Séquense sus lenguas! decian, así no podrán decir nada á la princesa. »

— Pero, Kay, Kay, preguntó Gerda, ¿ cuándo se presentó?... ¿ Estaba entre el gentío ?

— Espera, espera, muchacha, dijo la corneja, eres muy impaciente. Á él llegamos.

» El tercer dia vieron adelantar un hombrecito que andaba á pié. Otros venian á caballo, en coche, con mucho boato. Se dirigió á palacio con aire alegre y lucientes los ojos como los tuyos. Tenía largos y hermosos cabellos ; su traje era bastante pobre.

— ¡ Oh ! ¡ Era Kay ! á buen seguro, exclamó Gerda. ¡ Le he hallado al fin !

— Llevaba á la espalda un morralito...

— Sí, era su trineo con el que se fué de la plaza mayor.

— Puede ser, dijo la corneja, no le he visto de cerca. Lo que sé por mi prometido que es incapaz de alterar la verdad en lo más mínino, es que, habiendo llegado á la puerta del palacio, no se dejó intimidar por los porteros, ni por los guardias con uniformes bordados de plata, ni por los lacayos galoneados de oro. Cuando quisieron hacerle esperar al pié de la escalera, dijo : « Muchas gracias ; ¡ quien espera desespera ! » y subió y penetró en los salones alumbrados con centenares de arañas. No quedó deslumbrado. Allí vió á los ministros que, en babuchas, para no meter ruido al andar incensaban el trono. Las botas del intruso chillaban horriblemente. Todo el mundo le miraba con indignacion, pero él no parecia notarlo.

— De seguro era Kay, dijo Gerda ; sé que cuando desapareció acababan de comprarle unas botas nuevas. Las oí crujir el mismo día que se marchó.

— Sí, metían un ruido espantoso, prosiguió la corneja. Él, como si nada pasase, se acercó á la princesa que estaba sentada en una perla enorme, gruesa



como un almohadon. Estaba rodeada de sus damas de honor que tenían alrededor sus doncellas. Los gentiles hombres formaban círculo igualmente, y detras de ellos estaban sus sirvientes acompañados de sus criados. Estos últimos eran los que tenían más solemnidad en su postura. El jóven no reparó siquiera en ellos.

— Debía empero ser terrible el andar entre tan em-

pinada gente, dijo Gerda. Pero, en fin ¿ se casó Kay con la princesa ?

— Á fe mia, si yo no fuese una corneja, sería yo la que me habria casado con él. Habló con tanta gracia como puedo hacerlo yo cuando hablo la lengua de las cornejas. Mi prometido me ha contado como pasó la entrevista ; el jóven fué alegre, amable, gracioso. Estaba tanto más fresco cuanto que no habia traído la intencion de casarse con la princesa, sino únicamente la de cerciorarse de que su reputación de ingenio no era falsa. Él la encontró encantadora y ella le encontró á su gusto.

— No me cabe ya duda, dijo Gerda, era Kay. ¡ Sabía tantas cosas ! Hasta calcular de memoria. Oye, ¿ no podrias introducirme en palacio ?

— ¡ De prisa vas ! replicó la corneja. No es fácil lo que me pides. Sin embargo, no tengo inconveniente en ir á hablar á mi prometido, tal vez encuentre medio de introducirte, aunque, te lo repito, nunca ha entrado en palacio una niña como tú, sin zapatos.

— No le hace, cuando Kay sepa que estoy allí, saldrá al momento á buscarme.

— Bueno, en ese caso sígueme ; el palacio no está léjos y me esperarás en la verja. »

Hizo á la niña una señal con la cabeza y se fué volando. Volvió por la noche, bastante tarde. « ¡ Raro,

raro! dijo, muchos cumplidos para ti de parte de mi prometido, te manda este panecillo que ha cogido en la despensa porque supone que debes tener hambre. En cuanto á entrar en palacio, no hay que pensar en ello: no tienes zapatos. Los guardias galoneados de plata, los lacayos vestidos de brocado no lo sufrirían. Es imposible. Pero no llores, entrarás á pesar de eso. Mi prometido, que es capaz de todo por darme gusto, conoce una escalera secreta por la que se llega á la cámara nupcial y sabe dónde está la llave. »

La corneja condujo á la niña por una ancha avenida del parque, y así como las hojas de los árboles caían una á una, las luces del palacio se fueron apagando sucesivamente. Cuando la oscuridad fué completa, la corneja llevó á Gerda á una puertecilla entreabierta.

¡Oh! ¡ cómo latía de angustia y de ansiedad el corazón de la niña! Adelantaba en la sombra furtivamente. Si la hubiesen visto, habrían podido suponer que iba á cometer alguna mala acción, y nada más quería sino cerciorarse de si estaba allí Kay. No lo dudaba ya casi, pues las señas que le había dado la corneja no le parecían aplicables á otro. Los ojos vivos é inteligentes, los luengos y hermosos cabellos, la lengua expedita, todo designaba á Kay. Ya lo veía delante de sí; se lo imaginaba sonriéndola como

cuando se sentaban entre los rosales de la buhardilla.

« ¡Cuánto va á alegrarse de verme! pensaba. ¡Cuánto deseará saber el camino que he andado para llegar hasta él! Y ¡qué desconsuelo será el suyo cuando sepa el dolor que ha causado en su casa y en la mia! »

Subieron la escalera. Arriba habia una lamparita



encendida, encima de un mueble. La corneja doméstica andaba por el suelo á saltitos, meneando la cabeza con coquetería. Gerda se inclinó y la hizo una reverencia como se lo habia enseñado su abuela.

« Mi prometida, dijo la corneja, me ha hablado muy bien de vos, señorita. Vuestras desgracias me han conmovido y he prometido auxiliáros. ¿Queréis



tomar la lámpara? Os enseñaré el camino. No te más nada, no encontraremos á nadie.

— Me parece, dijo Gerda, que anda álguien detras de nosotros. »

En efecto, en las paredes se dibujaban sombras de caballos con las crines al viento, piernas delgadas, un séquito de cacería completo, caballeros y damas en belígeros corceles.

« Son fantasmas, dijo la corneja; vienen á buscar los pensamientos de Sus Altezas, para llevarlòs á la loca cacería de los sueños. Esto es mejor para vos, pues los príncipes se despertarán con ménos facilidad y tendréis tiempo de mirarlos bien. No necesito deciros que si llegáis á los honores, esperamos que seáis agradecida con nosotras.

— Eso es muy natural, » dijo la corneja rústica, y en estas palabras se veia que no estaba civilizada y no conocia las córtes.

Llegaron á una primera sala cuyas paredes estaban cubiertas de raso color de rosa bordado de flores. Los Sueños pasaron al galope, pero Gerda no tuvo tiempo de apereibir las ideas de Sus Altezas. Luego entraron en una sala, y luego en otra, cada una más magnífica que la anterior. En verdad habia de que perder la cabeza ante aquel extraordinario lujo. Pero Gerda no lo miraba casi y no pensaba más que en su compañero Kay.

Llegaron al fin al dormitorio. El techo, que era de cristal, formaba una gran corona de hojas de palmera. En el centro se alzaba un tronco de oro macizo que sostenía dos lechos parecidos á dos lirios; el uno blanco, en el que dormía la princesa, el otro color de fuego en el que reposaba el príncipe. Gerda se acercó segura de hallar en él á su amigo. Levantó una de



las hojas amarillas y encarnadas que se bajaban por la noche y vió la nuca del durmiente que tenía el rostro cubierto con los brazos. Creyó reconocer aquella nuca ligeramente morena, y llamó á Kay por su nombre, teniendo extendida la lámpara para que la viese al abrir los ojos. Los fantasmas del sueño llegaron al galope para devolver al príncipe su pensamiento. Se despertó y volvió la cabeza.

¡ No era Kay!

No se parecían más que por la nuca. Empero, el príncipe no era ménos lindo que Kay. Héte que la princesa adelantó su cabecita bajo las ojas de lirio y preguntó quién estaba allí. Gerda, sollozando, permaneció un momento sin responder; luego relató toda su historia, y no olvidó decir cuán amables habian sido para con ella las cornejas.

« ¡ Pobre niña ! » exclamaron los príncipes enternecidos. Y alabaron á los dos buenos pájaros por lo que habian hecho, asegurándoles que no se enfadaban, aunque hubiesen faltado á las reglas de la etiqueta. Hasta les prometieron una recompensa : « ¿ Queréis un viejo campanario en el que habitaréis solas, ó preferís ser elevadas á la dignidad de cornejas de Cámara, lo que os dará derecho á todos los restos de la mesa ? »

Las cornejas se inclinaron en señal de gratitud y pidieron ser agregadas á palacio : « En nuestra raza, dijeron, la vejez dura muchos años y así estaremos seguras de tener que comer hasta nuestra última hora. »

El príncipe salió de su lecho y dejó reposar en en él á Gerda. Es todo lo que podia hacer por ella. La niña cruzó sus manos y murmuró con gratitud : « ¡ Dios mio ! ¡ qué buenos son para mí los hombres y los animales ! » Luego cerró los ojos y se

durmió. Los Sueños acudieron á ella ; tenían caras angélicas y empujaban un trineo en el que iba Kay, que la sonreía. Pero, cuando despertó, todo habia desaparecido.

Al otro dia, la vistieron de los piés á la cabeza de seda y terciopelo. La princesa le propuso quedarse en palacio para pasar su vida en bailes y festines ; Gerda no aceptó, pidió un cochecito con un caballo y un par de botitas para proseguir su viaje en busca de Kay.

Recibió las lindas botitas y ademas un manguito. Cuando estuvo en el patio vió un coche nuevo, todo de oro, con las armas del príncipe y de la princesa. Los almohadones estaban llenos de bizcochos y la caja de dulces y frutas. El cochero y el lacayo, pues tambien habia un lacayo, llevaban trajes bordados en oro y en la cabeza una corona del mismo metal.

El príncipe y la princesa ayudaron ellos mismos á Gerda á subir en coche y la desearon toda la felicidad posible. La corneja del bosque que se habia casado con su prometido, dicho sea entre paréntesis, la acompañó una parte del camino, hasta que pasaron las puertas de la ciudad ; en cuanto á la corneja doméstica se excusó por no poder acompañar á Gerda, á causa de hallarse indispuesta. Desde que tenia derecho á todos los restos de la mesa

real, tenía el estómago descompuesto. Pero fué hasta la portezuela del coche y batió las alas cuando el carruaje se puso en camino.

« ¡ Á Dios, Á Dios, buena niña ! » dijeron los príncipes. Y Gerda lloraba y lloraba la corneja. En breve



hubieron andado tres leguas. Entónces la corneja del bosque se despidió tambien, con mucho dolor, pues, como era una simple aldeana, habia cobrado cariño á la niña y la dolia dejarla. Se subió á un árbol y allí batió las alas miéntras que pudo ver el carruaje que relucia como un sol.

## QUINTA HISTORIA

### LA HIJA DE LOS BANDOLEROS.

Llegaron á un bosque sombrío en el que se veía claro, sin embargo, al reflejo que el coche despedía. Esta luz atrajo una partida de bandoleros que se precipitaron como las moscas á una llama. « ¡ Oro, oro puro ! » exclamaron, y sujetaron á los caballos y mataron al cochero y al lacayo, sacando luego del coche á Gerda.

« ¡ Qué fresca y que gordita está la niña, se diría que no ha comido nunca más que nueces ! » Así hablaba la madre del capitán de los ladrones; tenía un espeso bigote y unas cejas tan pobladas que la cubrían casi los ojos. « Su carne, replicó, debe ser tan delicada como la de un cordero. ¡ Oh ! ¡ vamos á tener un buen festin ! »

Y al hablar así sacó un gran cuchillo afilado que relucía y daba un escalofrío sólo con verlo.

« ¡ Ay ! ¡ Ay ! » gritó de pronto la arpía. Su nieta, una niña salvaje y feroz que estaba subida

en sus hombros, acababa de morderla una oreja.

« ¡ Endemoniada ! » gritó la abuela, y se preparaba de nuevo á matar á Gerda. « Quiero que jue-



gue conmigo, dijo la ladronzuela. Va á darme su pañuelito y su vestido y dormirá conmigo en mi cama.» Y mordió de nuevo á su abuela que, de

dolor, se puso á dar brincos. Los bandidos se reian viendo saltar á la vieja hechicera.

« Quiero entrar en el coche, » dijo la niña de los bandoleros, y hubo que acceder á su capricho pues era muy testaruda y estaba muy mimada. Pusieron á Gerda á su lado, y avanzaron por las profundidades del bosque. La niña de los bandoleros no era mayor que Gerda, pero sí más robusta y rechoncha; negros eran sus ojos y moreno su cútis. Asíó á Gerda entre sus brazos y la tuvo así largo tiempo. « No te inquietes, le dijo, no te matarán, mientras yo no me incomode contra ti. Eres, sin duda, una princesa. — No, » respondió Gerda. Y contó cuanto le habia sucedido buscando á Kay. La hija de los bandoleros abria unos ojos tamaños, y miraba con seriedad á la niña que tan singulares aventuras habia pasado. Luego, meneó la cabeza con aire de reto. « No te matarán, replicó, aunque yo me enfade en contra tuya, pues en ese caso, seré yo la que te mataré. » Enjugó las lágrimas que rodaban por las mejillas de Gerda, y metió sus manos en el suave y caliente manguito.

Despues de mucho andar, el coche se detuvo en el patio de un castillo medio arruinado que servia de guarida á los bandoleros. Á su entrada se elevó una partida de cuervos graznando horriblemente. Unos perros grandes llegaron dando saltos; tenian



un aspecto feroz y parecian capaces de devorar á un hombre. No ladraban, por ser cosa que les estaba prohibida.

En el salon ardia una gran hoguera sobre las baldosas; el humo subia al techo y se escapaba por donde podia. Una caldera inmensa hervia con la sopa de los ladrones; liebres y conejos cocian en el asador.

Dieron de comer y de beber á las dos niñas.

« Vas á venir á dormir conmigo y mis animales, » dijo la pequeña bandolera, y fueron á un rincon de la sala en el que habia paja y algunos tapetes. Encima, más de cien palomos dormian en gruesos palitroques. Algunos sacaron la cabeza de debajo del ala cuando las dos niñas se acercaron. « ¡ Todos son míos ! » dijo la niña; y cogiendo uno por los piés lo sacudió con fuerza. « Dále un beso, » dijo tirándolo á la cara de Gerda y riéndose del aspecto desconsolado que esta tenia.

« Todos estos palomos, replicó, son domésticos, pero, hé aquí otros dos, que son torcaces y que debo tener encerrados, pues, si no, se marcharian. No los dejo salir nunca del agujero de la pared en que los ves metidos. Y luego, hé aquí mi favorito, mi querido Beh. » Y sacó del rincon á un rengifero pequeño que tenia al rededor del cuello un collar de cobre dorado. « Tampoco á este se le

puede perder de vista, pues se iria. Todas las noches me divierto haciéndole cosquillas en el cuello con mi cuchillo afilado, lo que no le gusta nada. »

Y en efecto, la niña cruel sacó un largo cuchillo de una raja de la pared y lo paseó por el cuello del rengífero. El pobre animal, loco de terror, tiraba de la cuerda, daba coces, haciendo reir á la bandolera. Cuando esta se hubo reido bastante, se acostó, atrayendo á Gerda á su lado.

« ¿ Vas á guardar tu cuchillo miétras duermes ? preguntó Gerda mirando con espanto la afilada hoja.

— Sí, respondió, duermo siempre con mi cuchillo. No se sabe lo que puede suceder. Pero, cuéntame otra vez lo que me has dicho de Kay y las aventuras que has tenido buscándole. » Gerda repitió su historia. Las palomas torcaces se pusieron á arrullar en su agujero; los otros palomos dormían apaciblemente.

La pequeña bandolera se durmió con un brazo pasado al rededor del cuello de Gerda y el cuchillo en la otra mano. No tardó en roncar, pero Gerda no podía pegar los ojos; se veía siempre entre la vida y la muerte. Los ladrones estaban sentados á la lumbre. La vieja bailaba y daba cabriolas. ¡ Qué horrible espectáculo para Gerda !

Héte que de pronto las palomas torcaces se pusie-

ron á decir : « Corre, hemos visto à Kay ; una gallina blanca tiraba de su trineo. Él iba sentado en el de la Reina de las Nieves. Pasaron por el bosque en el que estabamos, jóvenes aun, metidas en nuestro nido. La Reina de las Nieves dirigió hácia nosotras su hálito glacial. Todas las palomas perecieron, excepto nosotras dos. ¡ Corre, corre !

— ¡ Qué me decís, amigos míos ! exclamó Gerda. ¿ Adónde iba esa Reina de las Nieves ?... ¿ Sabéis algo ?

— Sin duda iba á la Laponia ; hay allí siempre nieve y hielo. Pregúntaselo al rengífero que está atado en el rincón.

— Sí, respondió el rengífero, hay allí hielo y nieve que es una bendición. ¡ Qué dulce es vivir en Laponia ! ¡ Cómo me paseaba por las vastas llanuras blancas ! Allí tiene la Reina de las Nieves su palacio de verano. Su verdadero fuerte, su castillo principal está cerca del polo Norte, en una isla que se llama el Spitzberg.

— ¡ Ay ! Kay, pobre Kay, ¿ en dónde estás ? suspiró Gerda.

— Estate quieta, dijo la pequeña bandolera, ó te hundo mi cuchillo en el corazón. Gerda no volvió á despegar los labios. Pero, al día siguiente, contó á la bandolera lo que habían dicho las palomas torcaces. La niña meneó la cabeza diciendo : « Me es

igual, me es igual. ¿Sabes tú en dónde está la Laponia? preguntó al rengifero.

— ¿Quién puede saberlo mejor que yo? respondió el animal cuyos ojos lucian al recuerdo de su patria. Allí fui criado; allí corrí largo tiempo por los campos de nieve.

— Escucha, dijo á Gerda la bandolera. Ya ves que todos nuestros hombres se han marchado. No queda aquí más que la abuela, pero no se irá. Empero á medio dia bebe algo que hay en aquella gran botella y luego se duerme siempre un poco. Entónces, haré algo por ti. »

Saltó abajo de la cama y fué á besar á su abuela, tirándola del bigote: « Buenos dias, cabrita mia, le dijo, buenos dias. » La abuela le dió un puñetazo tal en las narices que se las puso azules y encarnadas; pero, era una señal de amistad.

Mas tarde, bebió la vieja y se durmió. La bandolera fué á eoger al rengifero:

« Me gustaria guardarte, le dijo, para hacerte cosquillas con mi cuchillo, pues haces unas muecas muy graciosas; pero te voy á soltar, sin embargo, para que regreses á Laponia. Será preciso que andes listo y que llesves á esta niña hasta el palacio de la Reina de las Nieves en el que se halla su compañero; recordarás lo que contó la noche pasada puesto que nos escuchabas. »



El rengífero dió saltos de gozo. Cuando se calmó, la bandolera ató á Gerda sobre el lomo del animal, para que no se cayese, y la dijo :

« Toma, te devuelvo tus botas de pieles pues la estacion está avanzada ; guardo el manguito porque es muy lindo, pero como no quiero que te hieles las manos, pónete los guantes de la abuelita. »

Gerda lloraba de alegría.

« No hagas muecas, que me desagrada, dijo la bandolera. ¡ Que yo te vea contenta ! Toma ademas este jamon y estos dos panes, así no tendrás hambre. »

Ató las provisiones sobre el lomo del rengífero, y despues de haber llamado á los perros para que no persiguiesen á los fugitivos, cortó la cuerda del rengífero y le dijo :

« Ahora, corre y ¡ mucho cuidado con la niña ! »

Gerda presentó las manos á la bandolera y le dijo á Dios. El rengífero partió como un cohete. Cruzó el bosque, las selvas, los pantanos, y otros bosques, y otras selvas. Gañian los lobos, graznaban los cuervos. De pronto, fulguró una vivisima claridad como si el cielo despidiese rayos de fuego.

« ¡ Mis amadas auroras boreales ! exclamó el rengífero ; mira como brillan ! »

Corrió más aun, de dia y de noche. Gerda se comió los dos panes, y el jamon. Cuando nada le quedaba, llegaron á Laponia.

## SEXTA HISTORIA

### LA LAPONA Y LA FINLANDESA

El rengífero se detuvo delante de una choza de pobre apariencia, de techo tan bajo y tan reducida puerta que era preciso ponerse á cuatro patas para entrar y salir. En la choza no habia nadie más que una anciana lapona que hacía cocer pescado. Una pequeña lámpara alumbraba la habitacion

El rengífero contó toda la historia de Gerda, despues de haber relatado la suya que le parecia mucho mas notable. Gerda tenía tanto frio que no podia hablar.

« ¡ Infelices ! dijo la lapona, no habéis acabado de andar , tenéis que recorrer aun lo ménos cien leguas en el interior del Finnmarken. Allí es donde habita la Reina de las Nieves ; allí enciende todas las noches fuegos parecidos á los de Bengala. Voy á escribiros algunas palabras en un bacalao seco,

pues no tengo otro papel, para recomendaros á la finlandesa, que os dará mas detalles que yo. »

Entre tanto, Gerda se habia calentado. La lapona dió de comer y de beber á Gerda, escribió en el bacalao seco y volvió á atar á la niña sobre el rengífero.

El animal partió como una saeta. El cielo brillaba, teñido de púrpura y amarillo ; la aurora boreal alumbraba el camino. Al fin llegaron al Finnmarken y llamaron á la chimenea de la finlandesa que habitaba bajo tierra.

Los recibió con suma afabilidad. En su casa hacía un calor tan atroz que la buena mujer estaba casi desnuda ; era enana y muy sucia, pero excelente persona. Al momento quitó á Gerda los guantes y las botas, pues de lo contrario la niña se habria ahogado de calor. No olvidó poner un témpano sobre la cabeza del rengífero para que no tuviese un ataque de sangre al cerebro. Luego leyó lo que estaba escrito en el bacalao, y lo leyó hasta seis veces, de modo que lo aprendió de memoria ; luego, echó el bacalao en el puchero. El país era tan pobre que la finlandesa aprovechaba hasta la correspondencia.

El rengífero contó primero su historia y luego la de Gerda. La finlandesa pestañeaba con sus ojillos inteligentes, pero no decia una palabra.

« Eres muy hábil, ya lo sé, dijo el rengífero ; cono-



ces grandes secretos. Con una hebra de hilo puedes sujetar todos los vientos del mundo. Cuando se desata un nudo se tiene buen viento ; al segundo, el navío hiende las olas con rapidez ; pero, si se desatan el tercero y el cuarto, se desencadena una tempestad que derriba los bosques por el suelo.



» Sabes tambien componer un brebaje que da la fuerza de doce hombres. ¿ Quieres dárselo á beber á esta niña para que pueda luchar contra la Reina de las Nieves ?

— ¿ La fuerza de doce hombres ? dijo la finlandesa. Sí, tal vez eso podria servirla. »

Sacó de debajo de la cama una gran piel enrollada, la deslió y se puso á leer los extraños carac-

téres que en ella habia escritos. Se necesitaba una atencion tal para interpretarlos que sudaba por todos sus poros. Tal era su cansancio que tenia tentaciones de abandonar la lectura. Pero el buen rengifero la suplicó encarecidamente ayudase á Gerda. Esta la miró tambien con ojos lastimeros llenos de lágrimas, y la finlandesa siguió leyendo. Luego, llevó al rengifero á un rincon y le dijo al oído :

« Este papel me ha puesto en conocimiento de que Kay está, en efecto, al lado de la Reina de las Nieves. Es muy feliz con ella, todo lo halla á su gusto y segun él es el lugar más hermoso del mundo. Esto dimana de que tiene en el corazon un pedazo de cristal y en el ojo un grano de ese mismo cristal que desnaturaliza los sentimientos y las ideas. Hay que sacárselos, pues, si no, no será nunca un ser humano digno de este nombre y la Reina de las Nieves conservará todo su imperio sobre él.

— ¿ No puedes dar á Gerda un brebaje que rompa ese encanto ?

— No puedo darla un poder mayor al que ya tiene. ¿ No ves que hombres y animales se ven obligados á servirla y que, habiendo partido descalza de su país, ha atravesado felizmente la mitad del universo ? No es de nosotros que puede recibir nada ; su fuerza reside en su corazon y procede de que es una niña inocente y bondadosa. Si no puede llegar

al palacio de la Reina de las Nieves y arrancar los dos granos de cristal, nosotros no podemos hacer nada. Todo lo que te falta es llevarla á la entrada del jardin de la Reina de las Nieves que está á média legua de aquí ; la dejarás junto á un arbusto con frutos colorados que verás. Corre, y no te entretengas hablando con los rengíferos que encuentres en el camino. »

Y la finlandesa puso á Gerda sobre el animal que partió como una flecha.

« ¡ Alto ! dijo Gerda, no he cogido mis botas, ni mis guantes. » Lo notaba por el frio ; pero el rengífero no se atrevió á volver atras y no paró hasta dar con el arbusto de encarnados frutos. Dejó á Gerda, la besó, llorando mucho, y se fué como el viento.

Héte pues sola á la pobre Gerda, sin zapatos, ni guantes, en el terrible Finnmarken, helado de cabo á cabo. Echó á correr cuanto pudo. De pronto vió un regimiento de copos de nieve, gigantescos, que corrian por el suelo ; eran las avanzadas del ejército de la Reina de las Nieves.

Unos parecian jabalíes, otros serpientes enlazadas, otros parecian osos pequeños con el pelo erizado. Todos poseian una blancura deslumbradora.

Adelantaban en buen orden. Gerda recitó entónces, con fervor, el Padre Nuestro. El aliento que salia de su boca se fué extendiendo poco á poco y de

él se formaron angelitos que crecieron á ojos vistas. Todos tenían cascos en la cabeza é iban armados con lanzas y escudos. Cuando la niña hubo acabado el *Pater*, habia una legion que con sus lanzas atacaron y derrotaron á los copos de nieve.



Gerda cobró ánimo y siguió adelante. Los ángeles la acariciaban los piés y las manos para que no se la entumeciesen. Se acercaba al palacio.

Pero conviene saber lo que hacía Kay. Es seguro que no pensaba en Gerda y que no tenía la menor idea de que se hallase tan cerca de él.

## SEPTIMA HISTORIA

### EL PALACIO DE LA REINA DE LAS NIEVES.

Las murallas del palacio estaban formadas de nieve amontonada por el viento que habia abierto luego puertas y ventanas. Habia más de un centenar de inmensas salas y la mayor medía varias millas de longitud ; la aurora boreal las alumbraba. Todo brillaba y relucia. Pero ¡ qué soledad y qué frío

Nunca habia fiestas en aquella mansion real. Habria sido cosa fácil, empero, convidar á un baile á los osos blancos que, con la orquesta de la tempestad, habrian bailado con la solemnidad acostumbrada en ellos. No entraban tampoco los zorros blancos de las cercanías ; todo estaba abandonado en el palacio de la Reina de las Nieves.

En el más vasto de los salones se veia un lago completamente helado, y cuando la Reina de las Nieves habitaba este palacio, se paseaba por este lago

que llamaba el verdadero espejo de la inteligencia.

Kay estaba azul y casi negro de frio, pero no lo notaba. Estaba ocupado en colocar témpanos, unos encima de otros, formando figuras simétricas con gran atencion y cuidado, y es' o se llamaba el gran juego de la inteligencia. Estas figuras singulares que á nada se parecian eran para él cōsas maravillosas, pero era el efecto del grano de cristal que tenía en los ojos.

En este momento trababa de formar con el hielo la palabra *Eternidad*. La Reina de las Nieves le habia dicho : « Si puedes formar esa figura, serás árbitro de tu voluntad ; te daré toda la tierra y unos patines nuevos. »

Y Kay se encarnizaba, hacia mil combinaciones sin poder conseguir nada.

« Tengo que dar una vuelta por los países cálidos, dijo la Reina de las Nieves. Es tiempo de que visite las grandes calderas (llamaba así al Etna y al Vesubio). La nieve de sus cimas debe estar derretida. »

Y se lanzó por los aires. Kay permaneciό solo en la sala de várias millas cuadradas. Estaba inclinado sobre el hielo, buscando, reflexionando, imaginando para alcanzar su objeto. Tan inmóvil estaba que parecia helado.

En este instante entraba Gerda por la puerta principal del palacio. Llegó á la sala, vió á Kay, lo

reconoció y se le echó al cuello gritando : ¡ Kay! mi buen Kay, ¡ al fin te encuentro!

Kay no se movió y permaneció con los ojos enclavados en el hielo. Entónces Gerda lloró lágrimas amargas que cayeron sobre el pecho de Kay, penetraron hasta su corazon y derritieron el hielo que lo llenaba, de modo que el maldito grano de cristal se fué con el hielo derretido.

Levantó la cabeza y la miró. Gerda cantó entónces, como en el jardincillo de la buhardilla :

Duran las rosas un mes,  
Duran un mes, duran dos,  
Pero se agostan despues,  
Y nace el niño de Dios,  
Cuando Nochebuena es.

Al oir esto, Kay rompió á sollozar ; brotaron las lágrimas de sus ojos y con ellas el maldito grano del espejo del diablo, de modo que reconoció á Gerda y, trasportado de júbilo, exclamó : « ¡ Gerda ! ¡ mi buena Gerda ! ¿ en dónde has estado tanto tiempo y en dónde he estado yo ? »

Y mirando á su alrededor, añadió : « ¡ Dios mio, qué frio hace aquí ! » Se estrechó contra Gerda que lloraba y reia de gozo. Este grupo era tan encantador, que los pedazos de hielo se pusieron á bailar alegremente, y cuando se pararon, formaban la palabra *Eternidad* que debia dar á Kay

la libertad, la tierra entera y unos patines nuevos.

Gerda le besó las mejillas, que se tornaron brillantes; le besó los ojos que recuperaron su fulgor, las manos y los piés á los que afluyó la sangre, y Kay



fué de nuevo un niño lleno de vida y salud. No esperaron á la Reina de las Nieves y, cogidos de la mano, salieron del palacio.

Hablaron de su abuela, de su infancia, del jardincillo. Cuando llegaron al arbusto de colorados frutos, encontraron al rengífero con su hembra que les dió leche caliente; los dos buenos animales los llevaron á casa de la finlandesa, donde se calentaron y luego á casa de la lapona que les habia cosido trajes



y preparado un trineo. En él los llevó hasta la frontera de su país. Allí los despidió con mil bendiciones.

De pronto, Gerda vió á una jóven con un gorro grana encima de un caballo. Era la niña de los bandoleros, que viajaba para distraerse y reconoció tambien á Gerda, lo que la procuró sumo placer.

« Eres un vagamundo, dijo á Kay, y no mereces



que corran en pos de ti hasta el fin del mundo. »

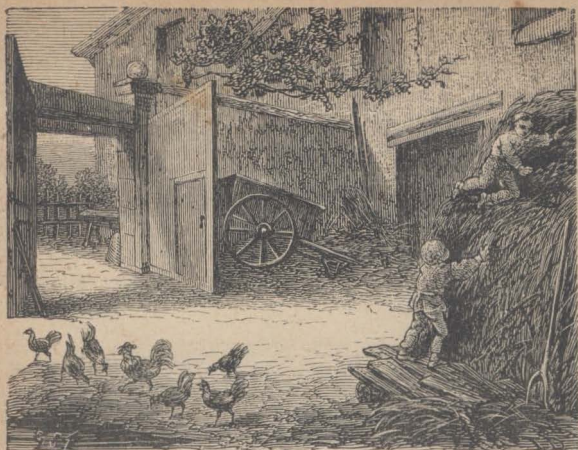
Para cambiar la conversacion, Gerda preguntó por el príncipe y la princesa. « Viajan por el extranjero, » respondió la bandolera. « ¿ Y las cornejas ? — La del bosque ha muerto; la otra se conduce. Pero contadme lo que os ha pasado. »

Gerda y Kay obedecieron, y en seguida, la bandolera continuó su viaje.

Kay y Gerda seguían andando. Era magnífico el tiempo y el verano cubría todo de sol y verdura. Un día, oyeron las campanas, vieron las altas torres de la ciudad en que nacieron. Llegaron á su casa, subieron y entraron. Todo estaba en el mismo sitio ; pero ellos se vieron en un espejo, y notaron que habían crecido mucho.

Las rosas florecían hermosas delante de la ventana. Kay y Gerda se sentaron en el banco como en otro tiempo, olvidando como un mal sueño el palacio de la Reina de las Nieves, personas ya por los años, pero niños aun por el corazón. Y la abuela, sentada al sol, leía en la Biblia :

« Si no tienes el alma de un niño no entrarás en el reino de los cielos. »



## A TODOS LO QUE MERECEEN

Hace de esto más de cien años.

Detrás del bosque, cerca del lago, se alzaba un antiguo castillo rodeado de profundos fosos en cuyas aguas verdosas crecían juncos y cañas. Próximo al puente y al lado del gran patio de honor, había un sauce que extendía sus ramas por encima del agua.

Héte que un día reносó la bocina de cacería y se oyó gran ruido de caballos ; era el castellano que, con sus convidados, volvía de la cacería al galope.

Una muchacha que guardaba los patos conducía la manada al corral ; se apresuró á hacerla pasar para dejar el puente libre. Pero, ella misma no pudo hacerse á un lado á tiempo ; para no ser pisoteada por los caballos, se subió en uno de los grandes guardacantones cerca de la puerta.

Era una muchachita muy mona ; al ver su mar-



cha ligera, la dulce expresion de su fisonomía, nunca se la habria tomado por hija de un aldeano. Tenia los ojos más hermosos del mundo. Pero esto no impidió que, cuando el castellano pasó á su lado á caballo, le dió tal empujón con el puño de su latiguillo que la lanzó en el foso.

« ¡ A cada uno lo que merece ! exclamó. Anda al pantano que es tu sitio. » Y se echó á reír con una

risa brutal; ceria haber hecho una cosa muy graciosa. Sus compañeros se rieron más aun, y aullando, metiendo más ruido que una jauría se apearon y entraron en el castillo.

Felizmente, al caer, la pobre muchacha habia asido una rama de sauce y se habia mantenido bien firme. Cuando el señor y los perros hubieron desaparecido, trató de llegar al puente con ayuda del árbol pero la rama cedió, acabó por romperse. La pobre-cilla iba á rodar en el fango, cuando la asió una mano robusta. Era un buhonero que lo habia visto todo y se habia precipitado en socorro de la criatura.

« ¡ A cada unò lo que merece ! » dijo repitiendo las palabras que habia oido pronunciar al castellano, y puso á la muchacha en el puente. Habria querido tambien colocar la rama en el lugar en que se habia roto ; pero aunque era su merecido no se podia. Entónces la plantó en le tierra humeda. « Crece y prospera, dijo ; Haga el cielo que puedas dar un dia un haz de varas para azotar á la sociedad de allá arriba como se merece ! »

Entró en el patio y fué á la cocina ; criadas y lacayos miraron sus mercancías y compraron ; era conocido por vender bueno.

En la mesa de los amos habia un concierto de gritos, aullidos y pitidos ; creian cantar. Luego carcajadas ruidosas, vociferaciones y querellas. En me-

dio de todo el ruido, los perros alzaban también la voz. Los vasos estaban siempre llenos de vinos generosos y de cervezas fuertes.

Hicieron subir al buhonero para burlarse de él y ahuccharlo. El poco seso que tenían estaba anegado en las libaciones. El castellano mandó echar cerveza en una media y ordenó al buhonero que la bebiese y cuanto ántes. Era una broma piramidal, todos reventaron de risa. Luego, se pusieron á jugar á las cartas ; prados, alquerías, enteras se perdían á cada jugada.

« ¡ Á cada uno lo que merece ! » se dijo el buhonero cuando hubo salido sano y salvo de aquella orgía. La carretera y la choza, eso merezco yo. » Cuando salió del castillo, la muchachita de los patos le hizo una reverencia y le dirigió su más amable sonrisa.

Pasaron días, pasaron semanas ; la rama de sauce que el buhonero había plantado en la tierra permanecía verde ; acabó por echar raíces y producir yemas. La muchacha se alegró mucho ; era su árbol, según decía.

Sí, el arbolillo prosperó y creció, pero en el castillo todo iba mal. Seguían comiendo, regococijándose y jugando ; es una vertiente peligrosa.

Así es que en el espacio de seis años, el noble y opulento castellano se vió reducido á la mendicidad ; los acreedores vendieron castillo y tierras, que fue-

ron compradas por un rico negociante; era este el buhonero al que habian dado á beber cerveza en una calceta, para burlarse de él. Con honradez y actividad se va muy léjos.

Tan luego el negociante fué propietario del castillo, no permitió más el juego de cartas. « Es una mala invencion, decia. Cuando el diablo vió por vez primera á los hombres leyendo la Biblia, se ingenió hasta dar con algo que los distrajese, é inventó las cartas. »

El nuevo castellano se casó..., y ¿ cómo con quién? Con la muchachita de los patos que habia seguido siendo buena y piadosa. En sus nuevos vestidos que llevaba sin pretension, tenia tan buena figura que se habria creído que habia nacido señorita. Pero, ¿ cómo vino á arreglarse este casamiento? Muy largo sería decirlo. No os enfadéis si lo pasamos en silencio. Se os contará todo lo que sea necesario que sepáis.

¡ Qué pronto se trasformó el castillo! Todo fué reparado y apropiado; el jardin, que habian invadido las malas yerbas, fué plantado de nuevo. La comodidad reinaba en todas partes, y tambien la holgura, fruto de la bendicion de Dios. Todo tenía un aspecto amable, gracioso, cordial.

Durante las largas veladas del invierno, la dueña de la casa estaba en una de las grandes salas é hilaba; las criadas, colocadas á su alrededor, hacían

otro tanto. El negociante leia la Biblia en alta voz. El rey le habia conferido el título de consejero de comercio, y el buen hombre habia aceptado con poca voluntad, pues no era amigo de la ostentacion. Cuando tuvo hijos, les hizo dar una educacion bri-



llante. Todos no aprovecharon de ella en igual grado; es cosa que sucede en las familias.

Entre tanto, el pepueño sauce del puente se habia hecho un grande y hermoso árbol. « Es nuestro árbol genealógico, decian el negociante y su esposa; debéis cuidarlo bien y respetarlo, hijos mios. » Los



hijos obedecieron todos, hasta los que no aprendían muy bien sus lecciones.

Pasó un siglo y más.

El lago se había convertido en un hornaguero; el castillo se había desmoronado; pero en el centro de las ruinas se elevaba un magnífico árbol de ramas colgantes: era el sauce, el famoso árbol genealógico. El tronco estaba abierto, es cierto, los huracanes lo habían torcido un poco; pero, ¡qué imponente era su copa! Casi á todas las rendijas de su tronco había llevado tierra el viento y yerbas y flores habían germinado en la corteza; en lo alto, habían echado raíces algunos arbolillos, frambuesos y una blanca espina.

La nueva morada señorial se hallaba ahora en la colina; soberbia era la vista. Era una inmensa fábrica ricamente adornada. El vestibulo de honor era un invernadero; se veían en él las plantas más raras. En los salones colgaban cuadros de valor, los sillones eran de terciopelo y de damasco; las mesas tenían incrustaciones; en una magnífica biblioteca lucían los libros sus encuadernaciones de precioso taflete y sus cortes dorados.

Es que vivía allí gente muy rica, personas de condición, el señor baron y su familia.

También tenía la costumbre de decir: « A cada uno lo que merece. » Por esto los cuadros que en

el antiguo palacio figuraban en el salon de honor, habian sido relegados á los corredores. Eran marmarrachos, decian. Este nombre se lo daban muy especialmente á dos antiguos retratos : uno representaba un hombre con chupa punzó y peluca; el otro una dama con largos tirabuzones empolvados, y una rosa en la mano; los dos estaban rodeados con una gran corona de ramas de sauce.

¡Qué buenas y excelentes figuras! Pero la pintura estaba algo deteriorada; hasta habia agujeros en el lienzo; los baroncitos los tomaban á veces por blanco cuando tiraban con el arbalete. Los retratos representaban al consejero de comercio y á la señora consejera; de ellos descendia toda esta cáfila de barones.

« A decir verdad, dijo un dia uno de los jóvenes barones, nunca han formado bien parte de nuestra familia. Él vendia todo género de menudencias, era buhonero, y ella ha guardado patos. ¡A cada uno lo que merece! »

El abuelo y la abuela fueron colgados en el corredor que conducia á la cocina.

Los baroncitos tenian un preceptor, un hombre tan sábio como sensato. Un dia, llevó de paseo á sus discípulos; su hermana, una niña de doce años, los acompañaba. Despues de haber recorrido la campiña, fueron á visitar las ruinas del antiguo

castillo. La niña, cogiendo florecillas y tegiendo con ellas lindas coronas, escuchaba con placer é interés lo que el preceptor explicaba á sus hermanos, lo que decia de las fuerzas y de las curiosidades de la naturaleza, luego de tal ó cual célebre personaje de la historia. La niña estaba llena de alma y corazon; tenia el ánimo elevado, abierto á todo lo que es grande y noble.

Se detuvieron al pié del antiguo sauce; el más jóven de los hermanos pidió que les hiciesen una flauta. El preceptor cortó una rama. « ¡ Oh! os lo suplico, no hagáis eso, » exclamó la baronesita. Pero ya estaba hecho. « Es nuestro famoso árbol. ¡ Le tengo tanto cariño! A causa de esto se burlan de mí en casa, pero me es indiferente. Se cuenta sobre este una leyenda completa. »

Y contó todo lo que sabemos, cómo, á la entrada de la caza, el buhonero vió por vez primera á la muchachita que guardaba los patos, cómo se rompió la rama de sauce, cómo fueron los amos del antiguo castillo.

» Son nuestros abuelos, añadió. Ellos no se quisieron hacer ennoblecer, las buenas gentes. « ¡ Á cada » uno lo que merece! decian; somos plebeyos, acos- » tumbrados á los modales sencillos; no estariamos » en nuestro lugar entre las personas de condicion, » admitiendo que quisieran recibirnos á causa de

» nuestro dinero. » Su hijo, mi abuelo, fué un sabio distinguido ; fué llamado á la corte ; gustó á Su Majestad y fué creado baron. Su memoria es la que más se venera en la familia ; pero yo, no sé porqué, me siento llevada hácia la antigua pareja. ¡Qué vida patriarcal llevaban en la antigua morada ! Aun hoy recuerdan su caridad en las chozas de los aldeanos.

— ¡Qué hermosos caractéres, qué y corazon qué razon ! dijo el preceptor ; y se puso á hablar de la nobleza y de la clase média.

« Es una felicidad, añadió, pertenecer á una familia que se ha distinguido ya por su mérito ; es un estímulo para continuar en la buena vía. Es una gran ventura poseer un nombre que os abre las puertas de los círculos más elevados de la sociedad : es como la efigie de una moneda de oro ; marca ostensiblemente su valor. Es una de las más falsas preocupaciones de nuestra época denigrar la nobleza y pretender que cuanto más se baja hácia el pueblo más mérito y más virtud se encuentra.

» En la vida de los títulos se hallan á menudo hermosos y conmovedores rasgos. Hé aquí uno que me ha contado mi madre. Estaba de visita en casa de personas de condicion ; si no me engaño, mi abuela habia sido aya del ama de la casa. Héte que el amo, repito de nuevo que era un gran señor, ve desde la ventana una buena vieja que cruzaba penosamente

el patio apoyada en dos muletas, para ir á recibir la limosna que regularmente la daban aquel dia. « ¡Oh! pobre mujer, exclamó, ¡qué difícilmente anda! » Y al momento salió, bajó de prisa la escalera y fué á dar un escudo á la anciana para evitarla el ir á buscarlo.

» Es poca cosa, pero, como el óbolo de la viuda, conmueve profundamente.

» En cambio, halláis tambien personas que, sólo porque son de sangre noble y tienen un árbol genealógico, que á menudo no es tan antiguo como el de un caballo árabe cualquiera, se montan en zancos y se contonean de un modo ultrajante. Y cuando entran en alguna parte, soplan con desprecio y dicen: « ¡Qué mal huele! Hay aquí gente plebeya. » En estos casos la nobleza es una caricatura y hacen bien en burlarse de ella y en ridiculizar á los que la hacen motivo de ódio. »

Esto dijo el preceptor; su discurso fué algo largo; pero entre tanto habia arreglado la flauta.

Volvieron al palacio; habia en él numerosa concurrencia, hasta de personas procedentes de la capital, hermosas damas, vestidas unas con gusto, emperregiladas las otras como un manojo de tontunas.

Todo el mundo se reunió en el gran salón; se debia tocar, y el baroncito se presentó con su flauta campestre; pero no pudo arrancarla el menor so-

aído, ni su papá tampoco. Hubo aficionados que cantaron trozos de los que gustan sobre todo á los que los ejecutan. Durante una pausa, un noble caballero, elhijo de su padre, — no tenía otra condicion, — dijo al preceptor sonriendo con gracia :



Sois un profesor, segun creo. Tocáis la flautays fabricáis vos mismo nuestro instrumento. Á vos os toca el puesto de honor. ¿ No es cierto que tendréi á bien regalarnos los oídos con una tocata de vuestra cosecha ?

Y al mismo tiempo le presentó la flauta y anun-

ció á la sociedad que el preceptor iba á ejecutar un solo improvisado.

Querian burlarse del pobre jóven, era una cosa visible ; se negó á tocar aunque conociese muy bien



el instrumento. Pero, tanto insistieron que al fin cogió la flauta y se la llevó á los labios.

Resonó un singular y maravilloso sonido ; era más fuerte que el silbido de una locomotora ; se oyó más allá del bosque, á varias millas de distancia. Hacía un minuto que duraba con igual intensidad, cuando se desencadenó una tempestad fu-

riosa, y entre los ayes agudos del viento creia oirse una voz que decia :

« ¡ A cada uno lo que merece ! »

Y de pronto, el señor baron fué arrebatado por el viento y llevado al establo ; el buen porquero que se hallaba allí fué llevado, no al salon (no era decente), sino á la cocina, entre los lacayos con media de seda y librea galoneada. Estos señores, que tambien tienen su orgullo, quedaron como pàralizados al ver al intruso que se atrevia á sentarse á su mesa.

La baronesita revoloteó llevada por un ligero céfiro, al puesto de honor del salon ; un antiguo conde, de una de las primeras familias del país, se hallaba ya en él ; no se movió pues la flauta era justa. El gracioso caballero que habia querido mofarse del honrado preceptor, fué llevado al corral entre los gansos, y no fué el solo.

La flauta seguia sonando á través de todo el país. ¡ Qué destrozo causaba ! Una opulenta familia de banqueros que viajaba en berlina, fué precipitada en la carretera. Un palurdo rico, un usurero, fué arrojado á un pantano pestífero.

Felizmente no se pudo sacar otro sonido de la flauta, se rompió y la dejaron á un lado. Sinó, ¡ cuántos trastornos !

Tan luego calló, todo quedó como ántes, excepto los dos antiguos retratos del buhonero y de la mu-



chachita de los patos que se hallaron colgados en el gran salon y permanecieron en evidencia. Un perito en cosas de arte declaró que era una obra maestra, y á causa de esto, el baron los hizo restaurar. Tenian pues lo que merecian. Y lo mismo nos pasará un dia á todos los séres y á todas las cosas.

---

# INDICE

---

	Página.
LA REINA DE LAS NIEVES.....	7
SEGUNDO HISTORIA.....	11
TERCERA HISTORIA.....	22
QUARTA HISTORIA.....	37
QUINTA HISTORIA.....	52
SEXTA HISTORIA.....	61
SEPTIMA HISTORIA.....	67
A TODOS LA QUE MERECEN.....	73

